

Los muertos, se olvidan

Astrid Carrillo Garrido

Los muertos, dice la gente, se olvidan, pero en esta familia cargamos con ellos. Yo tengo varios, algunos incluso ni los conocí: comenzando con las primeras parejas de mis padres, de quienes a veces pienso si su unión fue fruto del sentimiento de pérdida. Un par de viudos que se entendían, una especie de complicidad necrófila, de esa de la que hablan en los manicomios.

Es difícil referirte a tus muertos en pasado, la gente solo piensa en el estado físico de la materia, ¿cómo explicar que yo sigo viendo a mi madre, tierna y taciturna, deambulando por la casa y a mi padre inspeccionando con gran ensimismamiento esos enormes libros?

Cuando mi madre falleció, Stella decidió asumir su lugar. En realidad no sé si fue ella o la sociedad, tal vez fue solo la mala suerte de haber nacido primero. Un día eres hija y al siguiente tienes siete hijos. Ella lo intentó, hizo lo mejor que pudo, era el ángel de la casa, un ángel que sucumbió apenas conoció el amor y la libertad.

La muerte abrupta desconcierta sin importar por cuántos duelos hayas pasado. Los pensamientos de rabia te invaden sin saber la causa y llamas a un ser omnipresente que no parece responder. Reclamas a la madre que se fue temprano, a la hermana mayor que tomó ese papel de forma malograda; al padre que decidió mirar a otro lado mientras dos hombres barbajanes abusaban de sus dos pequeñas hermanas.

Y entre tantos muertos ¿quién te escucha?, ¿con quién lloras? Quizás por ello comencé a escribir y prolongar estas charlas conmigo misma, quizás por eso Vanessa comenzó a pintar. Y aunque no conversábamos mucho, nos dirigíamos miradas que decían más que las palabras.

Del abuso sabíamos que no podíamos hablar, la sociedad londinense probablemente nos habría culpado, señalado y seguro dirían que todo era un invento. Las pobres huérfanas necesitan atención. De la tristeza tampoco, fui testigo de cómo borraron a una de mis hermanas del árbol genealógico tras no hallar cura, y es que cuando nadie habla de ti es como morir. Pues, con todas estas precauciones, terminé en un psiquiátrico, en un vaivén entre la felicidad y la desdicha.

Por eso te digo que yo no los olvido, yo cargo con mis muertos en el hombro y en el pensamiento. La única forma en la que descanso de ellos es cuando los dejo salir a través de mi pluma. Debo confesar que la muerte me atrae, la espera se hace larga y la vida misma parece perder sentido cuando me faltan tantos.